



La crónica villera: vida y archivo

Regina Cellino¹

UNR/CONICET
aretu_cellino@hotmail.com

Resumen: En *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros*, Cristián Alarcón cronica la muerte de Manuel el Frente Vital en manos de la policía metropolitana en la villa de San Fernando y, además, pone en escena las vidas –y las muertes– de los «pibes chorros» que se nuclean en torno al joven asesinado. El escritor introduce en la construcción de la crónica una multitud de voces, documentos, entrevistas y testimonios de sus entrevistados, personajes en la narración, e incorpora fragmentos de conversaciones oídas y comentarios dichos. Una de las formas de escucha atenta que se presenta en el libro es la inscripción de la lista de nombres de adolescentes asesinados escrita por Roberto «Pupi» Sánchez: un vecino que registró las muertes de todos los pibes de la villa, durante las décadas del ochenta y el noventa. En este sentido, la ponencia versará sobre el análisis de la lista, considerada como un archivo, entendido desde Foucault, es decir, un documento siempre incompleto (en el tiempo habrá más muertes que no serán registradas en la lista) que encuentra su lugar en el futuro en la escritura del cronista.

Palabras claves: Crónica – Cristián Alarcón – Archivo – Vida – Foucault

Abstract: In the book *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros*, Cristián Alarcón narrates about the death of Manuel el Frente Vital in the hands of the metropolitan policy in the slums of San Fernando. Moreover, she sets the lives - and deaths- of «los pibes chorros» who gather around the murdered young man. In the narration of the chronicle, the author introduces a great number of voices, documents, interviews and witnesses of her interviewees, characters, and she incorporates fragments of conversations that have been heard and comments. One way of listening that the book shows is a registration of a list of names of the murdered teenagers which was wrote by Roberto

¹ **Regina Cellino** es Profesora en Letras, egresada de la Universidad Nacional de Rosario. Es becaria de CONICET y el proyecto de tesis se denomina «Entre el registro de lo real y las formas del espectáculo: representaciones contemporáneas de la villa argentina (2001-2013)». Asimismo, se desempeña como docente en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario en la cátedra de Literatura Europea II, Parte Especial de Literatura Italiana.

«Pupi» Sánchez, a neighbour who made a record of the murderers of all the teenagers who lived in the slums during the decades of the 80s and 90s. In this sense, the presentation will be about the analysis of the list that is considered as a file, comprehended from Foucault. In other words, an incomplete document (because there will be more deaths which are not going to be listed) that found its place in the future writing of the chronicler.

Keywords: Chronicle – Cristián Alarcón – File – Life – Foucault



1. Vidas –y muertes– de pibes chorros

Definir qué es la vida o las vidas ha sido tarea de filósofos, sociólogos e intelectuales luego de que Foucault instalará, a partir de los años setenta, el concepto de «biopolítica». En su libro *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*, sostiene que la vida y el cuerpo, como instanciación del ser viviente del hombre, se tornan materia política en la modernidad. Pero ese ser viviente es también el umbral que amenaza y resiste esos mismos dispositivos de sujeción: si el individuo coincide con el cuerpo, ese mismo cuerpo y ese mismo ser viviente se pueden volver líneas de desfiguración, de anomalía, y de resistencia contra las producciones normativas de subjetividad y comunidad. Según Foucault, «el umbral de modernidad biológica de una sociedad se sitúa en el punto en que la especie y el individuo, en cuanto simple cuerpo viviente, se convierten en el objetivo de sus estrategias políticas» (*Historia* 85). El paso del «Estado territorial» al «Estado de población» y el resultante aumento de la importancia de la vida biológica y de la salud de la nación como problema específico del poder soberano da como resultado una suerte de animalización del hombre llevada a cabo por medio de las más refinadas técnicas políticas (cfr. Agamben *Homo*): el *bio-poder* o la *bio-política*.

Agamben será quien, posteriormente, reactualizará la tesis foucaultiana² a partir del análisis y estudio del punto en el que confluyen el modelo jurídico-institucional y el modelo biopolítico del poder a través de dos conceptos vertebradores de su hipótesis: la «nula vida» y el «homo sacer». El primer término hace referencia a la vida como fenómeno biológico, el *zōé* (hecho de vivir, en griego), un elemento individual de la

² Michel Foucault hace pública por primera vez su tesis sobre el biopoder en 1975 y muere en 1984 con tan sólo cincuenta y ocho años, razón por la cual podemos considerar que sus ideas quizá hubieran podido desarrollarse más de haber vivido más tiempo.

naturaleza que existe solamente de una manera física. Y «homo sacer»³ es aquel individuo que ha sido juzgado por el pueblo debido a un delito que cometió, quien cualquiera, sin ser considerado homicida, puede darle muerte. La vida sagrada, por lo tanto, se define como asegura Giorgio Agamben en su libro *Homo Sacer* por «la impunidad de matar y la exclusión de sacrificio». El filósofo argumenta que el ingreso de la *zōé* en la esfera de *lapolis*, la politización de la nuda vida como tal, constituye el acontecimiento decisivo de la modernidad, que marca una transformación radical de las categorías político-filosóficas del pensamiento clásico (Agamben *Homo* 13). Es decir, la vida y la muerte dejan de ser conceptos científicos y devienen conceptos políticos.

Agamben marca una paradoja en la formación de esa estructura jurídico-política moderna consistente en el procedimiento que incluye al hombre –en tanto que nuda vida– en el Estado, a través, justamente, de su exclusión, esto es, de la exclusión de esa nuda vida ya que al politizarla y cualificarla deja de ser, precisamente, nuda vida:

al incluir al viviente, en cuanto vida desnuda, dentro del derecho mediante su exclusión (en la medida en que alguien que es ciudadano, ya no es un mero viviente; pero al mismo tiempo, para ser ciudadano pone su vida natural, su nuda vida, a disposición del poder político), la política se vuelve bio-política (Agamben, *Estado* 17).

En este sentido, el sujeto viviente que es «incorporado» por la política es una vida a la que cualquiera puede darle muerte puesto que carece de derechos, de «dignidad»; y, al mismo tiempo, es insacristable porque

³«Una oscura figura del derecho romano arcaico, en que la vida humana se incluye en el orden jurídico únicamente bajo la forma de su exclusión (es decir, la posibilidad absoluta de que cualquiera le mate). Es una figura de lo sagrado que está acá y más allá de lo religioso y que constituye el primer paradigma del espacio político de Occidente» (Agamben *Homo* 18)



constituye el fundamento sobre el que la política construirá el Estado moderno.

En *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* (2003), de Cristian Alarcón, se presenta la figura del «pibe chorro», ese bandido ya no rural sino urbano, «que robaba al rico para dar al pobre y que nunca mató, salvo en legítima defensa o por justa venganza» (Hobsbawm *Rebeldes* 27),⁴ criminal ante los ojos del Estado, pero «honrado» o simplemente inocente para la comunidad a la que pertenece, no aparece, sin embargo, en la crónica como un sujeto idealizado. Por el contrario, emerge como un sujeto social, político y cultural producto de las políticas económicas neoliberales implementadas a partir de los noventa en Argentina (los años que narra la crónica van del 1999 a 2001). Las vidas de los jóvenes denominados «pibes chorros» fueron constituyéndose a partir de los procesos de pauperización y marginación que se desarrollaron en las sucesivas generaciones a partir de la década del ochenta, años en los cuales las condiciones sociales y económicas de los sectores populares sufrieron cambios notorios. La creciente pauperización que estuvo ligada también a las transformaciones en el mercado laboral afectó indefectiblemente en las generaciones de jóvenes,⁵ quienes comenzaron a formar parte a través de la exclusión en una masa de nudas vidas.

⁴ Hobsbawm, en el libro *Rebeldes primitivos*, realiza un estudio sobre los bandidos sociales (como movimiento social arcaico o primitivo) en la Europa occidental y mediterránea desde el fin de la Revolución Francesa hasta alcanzar el siglo XX.

⁵ «Fue durante el transcurrir de estos procesos que crecieron la mayor parte de quienes son definidos hoy como pibes chorros. Es un marco en el que se quiebran las antiguas estructuras laborales y familiares que habían organizado la existencia de la mayor parte de la sociedad durante décadas, al mismo tiempo que ciertas formas de consumo básico también se tornan progresivamente inalcanzables [...] Sabemos por lo tanto, que quienes en la década de 1990 llegaron a convertirse en pibes chorros tienen como rasgo compartido, entre otras cosas, el haber sufrido desde su infancia desestructuración y privaciones» (Miguez *Los pibes* 66).



2. El archivo de las muertes en *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*, de Cristian Alarcón.

En el 2002, Cristian Alarcón trabajaba como periodista para *Página/12* e investigaba sobre los «Escuadrones de la muerte», organización clandestina de policías que «seleccionaba» y fusilaba caprichosamente a adolescentes provenientes, en su mayoría, de zonas marginales. En la página de la CORREPI,⁶ en una entrada de ese mismo año, Alarcón escribió que «el nivel de desproporción, de vulnerabilidad, de pobreza de los chicos que mueren bajo el gatillo del escuadrón, como siempre ocurrió con las víctimas del gatillo fácil, es el más alto que se haya registrado en las últimas décadas» (Alarcón «Los escuadrones» 1). Producto de esa investigación, el periodista conoció la historia del «santo de los pibes chorros»: Víctor Manuel *el Frente Vital*, fusilado por la policía y convertido después en el santo al que los jóvenes de la villa acuden (rezan) antes de ir a «trabajar», para pedir protección contra las balas de los policías. La crónica *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros* es el relato de la deconstrucción de una(s) vida(s), la del *Frente*, pero también la de sus amigos y familiares, y la construcción de un mito en torno a su muerte.

El libro se confecciona a partir del despliegue de voces, documentos, entrevistas, testimonios y la incorporación de fragmentos de conversaciones oídas y comentarios dichos, algunos como al pasar, porque, en cierto modo, «pese a que siempre remite a agentes singulares, la literatura es disposición colectiva de enunciación» (Deleuze «La literatura» 17). La atención concentrada en la puesta en escena de esas voces despeja toda pretensión de contribuir a la «verdad» jurídica o a algún tipo de certeza periodística. El cronista opera con otras formas de escucha (voces, giros lingüísticos, el *argot* propio de los protagonistas) que ponen en crisis

⁶ Coordinadora contra la represión policial e institucional.



el discurso «legítimo» del periodismo escrito o televisivo. En este sentido, Alarcón deja que su escritura se modifique a partir de la escucha de «las palabras y perspectivas, de los dialectos y jergas, usando el estilo directo o el indirecto libre para poder situar las condiciones que permiten acceder a la diferencia sobre la que se asientan otras “verdades”, otras “realidades”, otros modos de ver, pensar y vivir la vida en el lenguaje» (Parchuc «Marcas» 53).

De esta escucha atenta, analizaré en esta ponencia, la inscripción de la lista de nombres de jóvenes asesinados que pertenece a Roberto «Pupi» Sánchez: un vecino que registró las muertes de todos los pibes de la villa en manos de la policía, durante las décadas del ochenta y el noventa. En el Capítulo VII, el cronista relata desde el momento en que Roberto se acerca hacia él e incorpora la narración minuciosa de la lista que aparece acompañada de una fotografía:

[Pupi] Tiene una foto de la comparsa Los Cometas de San Fernando. Son unos treinta chicos encimados, abriendo los brazos, extendiendo el brillo de sus levitas fucsias, sonriendo a la cámara del carnaval. De ellos quedan muy pocos, cuenta. Podría, con la foto, reconstruirse la historia. Con sólo hacer un círculo en cada uno se iría completando la sangría de los noventa en la villa San Francisco. Pero la historia está escrita. Él decidió escribirla. Él no pudo evitar llevar un registro. Desde que murió el primero comenzó a anotar. No mucho. Sus portes, el color de sus ojos, los rasgos, algunos detalles, y la forma en que murieron, las circunstancias de sus muertes. Nunca los había mostrado pero me los entregó ese día, me dio sus originales con el compromiso de devolverlos y no me pidió nada a cambio. “Podés hacer con esto lo que puedas”, me dijo y se desprendió de esas muertes en el final de un homenaje (Alarcón *Cuando* 119-120).



La lista puede considerarse como un archivo, entendido desde Foucault,⁷ es decir, un documento siempre incompleto (en el tiempo habrá más muertes que no serán registradas en la lista) y que encuentra su lugar en la inscripción. El archivo no aparece a través del recuerdo o de la memoria sino por el vacío en una lista o una colección; en el caso de la crónica, surge de una ausencia en los relatos judiciales y periodísticos: la muerte de los «pibes villeros»

Roberto Sánchez escribió en catorce hojas de carpetas cuadriculadas la veintena de muertes de adolescentes, vecinos y amigos suyos «que fallecieron bajo las balas de las metrallicas de la policía», y la narración está acompañada, además de la foto, de recortes de «noticias policiales con imágenes de cuerpos tirados sobre el asfalto» (Alarcón *Cuando* 120). Cuerpos sin nombre que son individualizados, nombrados, corporizados a través del archivo de Pupi Sánchez y del cronista que reconstruye las vidas de los «pibes chorros», nucleados en torno a la figura del *Frente Vital*.

El registro ordenado de Pupi Sánchez constituye un documento en función de lo que para Derrida (1995) es fundamental: no hay deseo de archivo sin la posibilidad de olvido. El archivo, entonces,

es una cuestión de porvenir, la cuestión del porvenir mismo, la cuestión de una respuesta, de una promesa y de una responsabilidad para mañana. Si queremos saber lo que el archivo habrá querido decir, no lo sabremos más que en el tiempo por venir (Derrida *Mal S/P*).

Asimismo, Alarcón con la escritura de su crónica se hace responsable de esas muertes, en tanto, vuelve a inscribirlas en otro relato.

⁷Foucault en *La arqueología del saber* (1969) define archivo como una práctica que hace surgir una multiplicidad de enunciados como otros tantos acontecimientos regulares. [...] No tiene el peso de la tradición, ni constituye la biblioteca sin tiempo ni lugar de todas las bibliotecas [...] hace aparecer las reglas de una práctica que permite a la vez a los enunciados subsistir y modificarse regularmente. Es el sistema de la formación y de la transformación de los enunciados. (*La arqueología* 221)



Las muertes registradas no forman parte de una historia concluida ni constituye una cuestión del pasado, sino que, por el contrario, se incorporan al futuro de la escritura de la crónica, en donde se enuncian otras muertes de adolescentes en la villa; y también, a esa lista se agregarán a lo largo del tiempo las innumerables muertes que vendrán. El archivo funciona, entonces, como la marca de una ausencia, pero, al mismo tiempo, como la posibilidad de crear otros relatos, otros discursos, e incluso, la literatura.

La crónica de Alarcón visibiliza una relación estrecha con la vida (y la muerte) de los otros (villeros, transas, punteros políticos, ocupas) que impide leer el libro en término de distancia-cercanía del escritor con respecto a aquello que narra. En este sentido, nos parece pertinente retomar el concepto que Link (2015) utiliza para interrogarse sobre el modo en que lo viviente aparece como modo de lectura en la literatura contemporánea: la sutura.

En su último libro, *Suturas. Imágenes, escritura, vida*, Link considera que, parafraseando una cita de Alfonso Reyes, la materia de la literatura es la vida y, por lo tanto, la preocupación más importante reside en saber interrogar –saber leer– el modo en que es posible articular la vida con la escritura. La literatura es aquello que atraviesa la vida, lo vivible, lo vivido; «hace sutura (o cicatriz) con ciertos acontecimientos del mundo» (Link *Suturas* 503). Es decir, se trata de leer en la literatura lo que vive todavía. El continuo literario como un continuo de lo viviente. En este sentido, podemos pensar que Alarcón escribe la experiencia en su estadía en la villa, y por esto, en la crónica sobrevive aún un resto de vida, una inmanencia absoluta,⁸ que vuelve difícil las diferenciaciones entre vida y literatura.

⁸ Deleuze en «La inmanencia: una vida...», publicado en 1995, considera a la vida como pura virtualidad y como potencia indeterminada: la de poner en suspenso las distribuciones jerárquicas y las distinciones normativas que el biopoder produce sobre la variación infinita



Entonces, *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* constituye ese lugar discursivo heterogéneo que forma parte de la tradición de la crónica inaugurada con las crónicas de Indias, y que «son literarias pero a condición de intervenir en la vida cotidiana» (Bernabé «Sobre márgenes» 8). En el libro existe una insistencia por la preocupación de contar o de dar sentido a la experiencia del cronista en la villa. Narrar la experiencia es dar cuenta de ese padecimiento que supone el encuentro con la otredad, y al mismo tiempo, de la responsabilidad del estar allí. Ese encuentro (en el que a veces está en juego la muerte) está suturado a la vida del escritor, quien profana, de alguna manera, las imágenes y las voces que antes formaron parte de su relación con la comunidad, con los otros, para colocarlas en la narración.

Bibliografía

Agamben, Giorgi. *HOMO SACER. El poder soberano y la nuda vida I*. Valencia: Pre-textos, 1998.

---. *Estado de excepción*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2003.

Alarcón, Cristian. «Los escuadrones de la muerte» en *CORREPI*, junio 2002. Web: <http://correpi.lahaine.org/?p=595>. Acceso: 15/04/2016.

---. *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros*. Buenos Aires: Verticales de bolsillo, 2003.

Bernabé, Mónica. «Sobre márgenes, crónica y mercancía» en *Boletín N° 15*, Noviembre, 2010. Web: www.celarg.org. Acceso: 20/04/2016.

Deleuze, Gilles. «La literatura y la vida» en *Crítica y clínica*. Barcelona: Anagrama, 1996. 11-18.

Derrida, Jacques. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid. Editorial Trotta, 1995.

de lo viviente. La vida se define en función de lo que puede llegar a ser y no por lo que es y « lo que un cuerpo es capaz de hacer no puede definirse de antemano» (Giorgi, Fodríguez *Ensayos* 10).



Foucault, Michel. [1968]. *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI, 2010.

---. *Historia de la sexualidad I. La voluntad del saber*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores, 1998.

Giorgi, Gabriel; Rodríguez, Fermín. (Compiladores). *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós, 2007.

Hobsbawm, Eric. [1959]. *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Ariel S.A, 1983.

Miguez, Daniel. *Los pibes chorros: estigma y marginación*. Buenos Aires: Campo Intelectual, 2010.

Link, Daniel. *Suturas. Imágenes, escritura, vida*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2015.

Parchuc, Juan Carlos. «Marcas sobre una página: escritura y legalidad» en *Question*. Vol. 1, N.º 39, Julio/septiembre, 2013. Web: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/29641/Documento_completo.pdf?sequence=1. Acceso: 1/05/2016.